

gante. Pero no es verdadero [...] En los períodos tempestuosos de la historia, ningún espíritu sensible a la vida puede colocarse al margen de la política. La política en esos períodos no es una menuda actividad burocrática, sino la gestación y el parto de un nuevo orden social.

La visión política del escritor determina en Mariátegui el acercamiento a algunos otros escritores. En 1928, una nota necrológica a Blasco Ibáñez¹⁸ indica, a pesar de todo, fuertes distancias con el escritor valenciano, a quien aplaude su republicanismo y su combate contra la dictadura de Primo de Rivera, pero lo mira distantemente como a un «burgués honesto» por sus novelas y su actitud ante la vida. Al socialista Luis Araquistáin le dedicará un comentario por su libro *La revolución mexicana*¹⁹ que es para Mariátegui una verdadera comprensión, casi extraña, nos dice, tratándose de un español, de un acontecimiento de tal envergadura en la historia de Latinoamérica.

Una reflexión de otro tipo, crítica, es la que realiza en sus dos trabajos sobre Ramiro de Maeztu que se publican con el título de «Maeztu, ayer y hoy»²⁰. Frente a la «agonía de Unamuno (que) es la agonía del liberalismo absoluto», la de Maeztu es «la agonía del liberalismo pragmatista, conclusión conservadora y declinante del espíritu protestante y de la cultura anglosajona». Maeztu ha acabado adhiriéndose tácitamente a la dictadura de Primo de Rivera, y la valoración de Mariátegui sobre esta actitud es que:

Este escritor documentado e interesante, que durante tanto tiempo se ha alzado a estimable altura sobre el nivel general del periodismo español, ha renegado íntegramente su liberalismo, sin sustituirlo por una doctrina más viva o al menos por una fe más personal.

Polemiza a partir de aquí con el escritor español sobre la cronología de su conversión y comenta *La crisis del humanismo* como anticipo, indicado por el propio Maeztu, de su desilusión liberal. En cualquier caso, la crónica asume aquí una actitud de crítica respetuosa ante «un hombre inteligente y culto» que tiene «el orgullo y la vanidad peculiar del hombre de ideas». ¿Por qué Maeztu tiene este trato? La explicación quizás esté en el uso de Maeztu en «El Factor religioso», el conjunto de artículos publicados en el 27 que integran el quinto de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Y sería de nuevo muy largo abordar aquí el espacio del interés, llamémoslo agónico, de Mariátegui por el reaccionario Ramiro de Maeztu.

Una última intervención de Mariátegui sobre el tema español me parece necesario reseñar. En 1927 interviene en la polémica que *La Gaceta literaria* de Madrid mantuvo con la revista bonerense *Martín Fierro*. El artículo de Guillermo de Torre «Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica» provocó una amplia convulsión en Argentina, y en todo el ámbito hispanoa-

¹⁸ En Signos y Obra cit., págs. 128 y ss.

¹⁹ «La revolución mexicana por Luis Araquistáin» Temas de Nuestra América, Obras Completas, Lima, Edic. Amauta, 1960, vol. XII, págs. 89 y ss.

²⁰ Defensa del marxismo, Obras Completas, Lima, Edic. Amauta, 1987, vol. V, págs. 178 y ss.

americano. Mariátegui interviene desde la revista *Varietades* con un artículo titulado «La batalla de Martín Fierro»²¹. El texto de Mariátegui es una toma de posición militante en una polémica en la que hubo un conjunto amplio de malentendidos. Su posición es concluyente:

La hora, de otro lado, no es propicia para que Madrid solicite su reconocimiento como metrópoli espiritual de Hispanoamérica. España no ha salido todavía completamente del medioevo. Peor todavía: por culpa de su dinastía borbónica se obstina en regresar a él. Para nuestros pueblos en crecimiento no representa siquiera el fenómeno capitalista. Carece, por consiguiente, de títulos para reconquistarnos espiritualmente. Lo que más vale de España —don Miguel de Unamuno— está fuera de España. Bajo la dictadura de Primo de Rivera es inconcebiblemente inoportuno invitarnos a reconocer la autoridad suprema de Madrid. El «meridiano intelectual de Hispanoamérica» no puede estar a merced de una dictadura reaccionaria. En la ciudad que aspire a coordinarnos y dirigirnos intelectualmente necesitamos encontrar, si no espíritu revolucionario, al menos tradición liberal.

La posición global es certera y está en consonancia a tantas respuestas del período, pero lo que parece más original en Mariátegui es la dependencia contingente que establece en relación a la dictadura de Primo de Rivera. Y con esto debemos entrar ya en la conclusión.

Para concluir: ¿la conversión de la historia en crónica?

He intentado desplegar una serie de datos de las actitudes de José Carlos Mariátegui ante la cultura española, y de ellos podemos quizá sacar alguna conclusión. De la formación hispanizante de cualquier adolescente peruano a comienzos de siglo, como decía Ventura García Calderón, Mariátegui pasa muy pronto a una línea de identidad que encuentra en el rechazo de la cultura virreinal el rechazo de lo español. En cualquier caso es parte de una opción, legítima como cualquiera, que establece un ámbito polémico en Perú, con el que se está secundando además un ámbito polémico vigente en la época de Mariátegui en toda Latinoamérica. Hasta aquí, el problema en Mariátegui no despliega mayores sorpresas, y este sistema de afrontar una relación es condensado en la obra principal del pensamiento del Amauta: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*.

Al tiempo se desarrolla esta perspectiva, Mariátegui vuelve a asumir la cultura española contemporánea a través de su pasión por Unamuno, y en mediación directa con él, de los nombres de Luis Jiménez de Asúa, Luis Araquistáin, Eduardo Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y, con alguna distancia, Vicente Blasco Ibáñez. Con múltiples distancias aparece también Ramiro de Maeztu. Esta síntesis de los años que van desde 1926 y 1929, y que coincide con la época más fecunda del pensador, es en cualquier

²¹ Recogido en Jorge Schwartz, *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*, Madrid, Cátedra, 1991, pág. 559.

caso desconcertante para cualquiera que conozca la cultura española de aquellos años. Aunque debemos advertir que nuestro conocimiento es más fácil que el de Mariátegui, porque lo hacemos *a posteriori*. Pero, desde luego, no parece en cualquier caso los que aporta Mariátegui ni un pensamiento sistemático, ni, si lo apuramos, un pensamiento coherente. Coincide además con una serie amplísima de artículos políticos sobre la dictadura de Primo de Rivera que son, en última instancia, el marco necesario de su enfoque cultural²².

En línea conclusiva, quisiera recordar una vieja polémica que se desató en Italia, la que tanto amó Mariátegui, en el año 1946. Fue la polémica entre una revista y su director con un partido político, al que el director de la revista pertenecía, y su secretario general; entre el novelista Elio Vittorini, director de *Il Politecnico*, y Palmiro Togliatti, secretario del Partido Comunista Italiano. La idea central que lanzó Vittorini en aquel tiempo es que, mientras la cultura es historia, la política es crónica²³. Y al plantear este argumento no puedo dejar de recordar lo que otro pensador marxista, Walter Benjamin, escribía en los años 30 sobre «la diferencia entre quien escribe historia, el historiador, y el que la relata, el cronista»²⁴, donde decía Benjamin:

El historiador está obligado a explicar, de una u otra manera, los acontecimientos de que se ocupa; de ninguna manera puede quedarse satisfecho con mostrarlo como ejemplos del curso del mundo. Pero tal cosa es lo que hace precisamente el cronista, y especialmente en sus representaciones más clásicas, los cronistas medievales, que fueron los predecesores de los historiadores modernos. Al sujetar su narración histórica a un plan divino de redención que es insondable, han renunciado de antemano a hacerse cargo de explicaciones demostrables. En lugar de ellas aparece la exposición, que no tiene a su cargo el enlace exacto de acontecimientos determinados, sino que se ocupa sólo de la forma en que pueden ser engarzados al gran e insondable curso del universo. Que el curso del mundo sea una forma de Historia sagrada o una Historia natural no provoca diferencia alguna.

La vinculación de la crónica a la política, o la actitud del cronista sujetando su narración a planes de redención sagrados o naturales, son ideas que me han hecho pensar en el sentido último de quien en 1923 respondía a una encuesta de la revista *Variedades* diciendo que

El periodismo es la historia cotidiana, episódica, de la humanidad. Antes, la historia humana se escribía de lapso en lapso. Ahora se escribe día a día²⁵.

Los textos que no cito no quieren ser más que la reafirmación reflexiva de una impresión: a partir de la pasión política de Mariátegui pudo prevalecer el cronista frente al historiador, y el cronista, orgulloso de su condición, orgulloso de estar haciendo la historia cotidiana y episódica de la humanidad, como nos decía, sujetó con frecuencia su narración a sus planes divinos o naturales, qué más daba. Negar la cultura española para afir-

²² Cf. Figuras y aspectos de la vida mundial, Obras Completas, Lima, Edic. Amauta, 1986, vol. XVI, págs. 157-167, 234-238 y 274-281.

²³ Resumé la polémica, aportando la amplia bibliografía que existe sobre el argumento, en «Vittorini-Togliatti: sobre política y cultura», *La calle (Madrid)*, n.º 174, 21 de julio de 1981, págs. 38-41.

²⁴ Walter Benjamin, «El narrador», en *Sobre el programa de la filosofía futura*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1986, pág. 200.

²⁵ «Reportajes y encuestas», Obras, *La Habana*, Casa de las Américas, 1982, vol. II, pág. 472.

mar la cultura peruana contemporánea como negación en última instancia de tres siglos del pasado, utilizar la pirueta de Jorge Manrique en su negación del pasadismo, o afrontar la cultura española de fines de los años 20 a través sobre todo de Miguel de Unamuno, abanderado hasta en *Amauta* de la hispanidad, fue una forma, cronística y apasionada, de intervenir en el pensamiento de nuestra América.

Queda sin duda un Mariátegui más rotundo en la sistematización histórica de sus *Siete ensayos...*, episódico también probablemente aquí en su manera de negar la tradición española, pero en el argumento que he elegido queda otro Mariátegui que hizo de la crónica política su sistema de interpretación de la cultura española. Y ese segundo Mariátegui, al que también conmemoramos este año en su centenario, es el que nos ha dejado sobre todo una cierta desazón y, en cuanto conocedores de la cultura española de fines de los años 20, nos ha dejado también un más que seguro desconcierto.

José Carlos Rovira

